

PSICOANÁLISIS NO MUERTO, VA CARTA

Enrique Tenenbaum

Reunión Lacanoamericana 2015, Montevideo

Octubre de 2015

En 1891 Jules Huret, un periodista especializado en el género de las entrevistas, recopila más de sesenta de ellas realizadas a escritores de diversas corrientes literarias, las que se habían publicado originalmente en otras tantas ediciones del periódico *L'Écho de Paris*. El libro se llamará *Encuesta sobre la evolución literaria* (Enquête sur l'évolution littéraire).

Entre las diversas entrevistas realizadas se encuentran aquellas dirigidas a los mentores del movimiento naturalista, cuya figura eminente fue sin dudas Emil Zola. Señala Huret que entre los entrevistados de otras corrientes se sostenía en forma unánime que el naturalismo había muerto, pese a lo cual, y antes de enterrarlo sin el expreso consentimiento de quienes le dieron la vida, se dirigió a aquellos, formulando precisamente dicha afirmación sobre la muerte del movimiento, pero bajo la forma de pregunta: ¿ha muerto, el naturalismo?

De las respuestas recibidas la más célebre, la que ha cobrado vida propia, es la que reza el telegrama que enviara Paul Alexis, secretario amigo y biógrafo de Zola quien, puesto que se hallaba lejos de Paris no podía conceder una entrevista personal, decide responder por carta; adelanta su posición aseverando -en lenguaje telegráfico- “Naturalismo no muerto. Va carta” (Naturalisme pas mort. Lettre suit).

En ocasión de su tercera visita a Roma, Lacan, refiriéndose a si el psicoanálisis triunfará o fracasará, señala la paradoja que surge de que, en caso de triunfar, el psicoanálisis se convertirá en un síntoma olvidado, se extinguirá. Que eso no suceda, agrega, depende de que lo real insista, y produce ahí su invocación: “Psicoanalistas no muertos, ¡va carta!” (Psychanalystes pas morts, lettre suit!).

Si las risas que despertaron sus palabras así lo atestiguan, la frase de Lacan resuena por su evocación a aquella de Alexis, precisamente en tanto se trata de responder por si ha muerto o no el psicoanálisis, cuestión que no cesa de tener actualidad, si ha de morir u olvidarse. Se lo da por muerto una y otra vez. *Eppur si mouve...*

Pero en la glosa que Lacan hace del telegrama de Alexis trastroca una afirmación (naturalismo no muerto) por una invocación (psicoanalistas no muertos). ¿Lapsus de Lacan? ¿Error? ¿Metáfora calculada? ¿Qué psicoanalista muerto queda de este modo evocado?

No se trata, para el caso de Lacan, de una carta como la de Alexis, en la cual él argumentaba con optimismo “el naturalismo será la literatura del siglo veinte”; no se trata de ningún optimismo por parte de Lacan, sino de un llamado al compromiso de los psicoanalistas para que el psicoanálisis no muera, para que crezca y se multiplique –como síntoma social- en el siglo veintiuno. Y es claro que se dirige a los “psicoanalistas no muertos” puesto que son ellos –es decir: nosotros- quienes pueden llevar adelante el retorno a Freud, es decir: evitar la muerte –extinción y olvido- del deseo de Freud y por ende del psicoanálisis.

Pero esta transformación producida en y por el decir de Lacan, no refiriéndose al psicoanálisis sino apelando a los psicoanalistas, podría recibir otra lectura.

Si bien Paul Alexis responde en términos del movimiento (naturalismo no muerto), Zola en cambio se refiere a él mismo en su respuesta, ya que recibe del siguiente modo a Huret, quien así lo testifica: “Ah! Dijo el maestro, estrechándome la mano, ¿viene usted a verificar si estoy muerto?... al contrario, como ve, mi salud es excelente”.

Este desplazamiento entre el movimiento y la persona se deja leer en Zola cuando afirmaba que “las escuelas no han producido un solo gran hombre, son los grandes hombres los que han producido las escuelas”. Alguien lo ha contradicho, ha señalado que es haciendo el naturalismo –haciendo escuela- que Zola devino un gran hombre.

La cuestión, la tensión, no se resuelve, por el contrario: se sostiene, debe sostenerse; entre Zola y el naturalismo, entre Lacan y el psicoanálisis.

Por cierto, que no hay psicoanálisis si no hay psicoanalistas, por lo que tomando las cosas en serio, tomando en serio lo que Lacan fue a decir en Roma, precisamente en Roma, acerca del matrimonio por conveniencia entre

la ciencia y la religión, la verdadera, la de la Iglesia romana, el hecho que Lacan anuncie que el psicoanálisis depende del porvenir de lo real no puede menos que resultar una incómoda advertencia. Incómoda y enigmática, cuanto menos.

¿Qué diría la carta de Lacan? ¿De qué real se trata en esta apelación? ¿Se trata de nuestro “no hay relación sexual”?

En 1967 Lacan profetizó el futuro de segregación producto de los mercados comunes¹. Hoy asistimos a su efectucción, leída en el retorno de lo segregado bajo la forma de los muertos en las barcazas del Mediterráneo, en las estaciones de trenes clausuradas para evitar el ingreso a la Europa occidental de los migrantes² de la zona oriental, en las nuevas fronteras o de los muros segregativos entre la Europa central y la periférica.

¿Es este el real del que nos habla Lacan en *La Tercera*? ¿Es el porvenir de lo real el perfeccionamiento fáctico de los procesos de segregación?

Sí, pero no solamente.

También en *La Tercera* Lacan se refiere a la ciencia y los biólogos, a la angustia del biólogo por si las bacterias, con tanto esmero resguardadas en el hermetismo de los laboratorios, de pronto saltaran al mundo, subieran a escena y desencadenaran una incontenible epidemia, efecto de lo que Lacan llamará un “acontecimiento de lo real”, lo que por mi parte prefiero nombrar –permítanme hacerlo así- un nuevo real.

Días atrás se publicó en un diario local³ una noticia alarmante: hace 40 años –es en la época de *La Tercera*- que se exterminó la viruela como enfermedad; sin embargo, las muestras de ese virus permanecen congeladas en laboratorios de Estados Unidos y Rusia. Hubo un pre-acuerdo para

¹ Lacan, Proposición del 9 de octubre de 1967: “Nuestro porvenir de mercados comunes será balanceado por la extensión cada vez más dura de los procesos de segregación.”

² Habría que llamarlos con más precisión exmigrantes, véase mi artículo *Una foto de Europa* en <http://www.elsigma.com/columnas/una-foto-de-europa/12995>.

³³ http://www.clarin.com/especiales/enemigo-desaparecio-olvio-potencial-apocaliptica_0_1451854931.html

destruirlas definitivamente, pero el atentado a las Torres Gemelas interrumpió ese propósito, y esas muestras siguen siendo el resguardo de una amenaza tan deletérea como la amenaza nuclear.

Es que también Hiroshima y Nagasaki han introducido en lo real una diferencia, algo que no estaba antes. La ciencia, hasta entonces, intentaba cernir con sus letras lo real, apropiarse lo más posible de los secretos de la creación. Pero la fisión nuclear introduce algo distinto, un real distinto, una apropiación de la posibilidad misma de crear nuevos elementos, nuevas radiaciones, eternas, más eternas que la posibilidad de vida en nuestro planeta. Un nuevo real.

Si algo tienen en común estos procesos en apariencia tan disímiles, como los de una segregación globalizada, la mutación genética del ADN bacteriano y viral, o la intervención sobre los núcleos mismos de los átomos de la materia, entiendo que lo que los hace común es la conquista del tiempo, un tiempo que ya no refleja la escala humana, sino que dispone instantáneamente del espacio, que altera la ecuación espacio – tiempo de tal modo que

- 1- la llamada evolución de las especies es intervenida genéticamente,
- 2- los efectos sobre el lazo social de las variaciones del neocapitalismo – también producto del avance de la ciencia- son instantáneos y globales, es decir: la segregación ya no es local, y
- 3- la creación de nuevos nucleótidos radioactivos reescribe el mapa cósmico.

Así consideradas, la apropiación y simultánea destrucción del tiempo constituyen, hoy, aquel porvenir de lo real.

La recientemente galardonada con el Premio Nobel de literatura Svetlana Alexievitch escribió *Voces de Chernóbil*; también –como Huret- el estilo es la ficción periodística en el género entrevistas. En este doloroso libro, una entrevistada, la esposa de un bombero, uno de los primeros en acudir tras la explosión de 1986, relata escenas acaecidas en el hospital en el que cuidó a su marido durante la penuria del “curso clínico de una dolencia aguda del tipo radioactivo... a los catorce días el enfermo muere”⁴.

⁴ Svetlana Alexievitch. *Voces de Chernóbil*. 1996. Edición electrónica.

La radiación exigía un control de los cuerpos y de los objetos que se parecía mucho al de los operativos bélicos. No querían que ella se acercase al cuerpo del marido, por el seguro riesgo de contagio, pero no lograron convencerla. Las frases reproducidas de esos intentos son estremecedoras: “No debe usted olvidar que lo que tiene delante ya no es su marido, un ser querido, sino un elemento radioactivo con un gran poder de contaminación. No sea usted suicida. Recobre la sensatez”, le decían.

Cuando el deterioro del cuerpo radioactivo del marido se hizo más pronunciado e insoportable “ninguna de las enfermeras se decidía a acercarse a él, ni a tocarlo. Si hacía falta algo me llamaban. Y ellos... Ellos, en cambio, lo fotografiaban. Decían que era para la ciencia”.

Lo relatado es, sin dudas, un efecto del discurso de la ciencia, efecto de un accidente por el que se interviene en el decurso del tiempo; se trata de una “catástrofe del tiempo”, señala Alexievitch: “Cuando hablamos del pasado y del futuro, introducimos en estas palabras nuestra concepción del tiempo, pero Chernóbil es ante todo una catástrofe del tiempo. Los radio-nucleótidos diseminados por nuestra Tierra vivirán cincuenta, cien, doscientos mil años. Y más. Desde el punto de vista humano, son eternos”.

“Se ha roto el hilo del tiempo”, y en esta rotura, que no invoca a nada semejante, que no convoca recuerdos transmitidos, libros leídos ni historias contadas, los sobrevivientes no encuentran las palabras para transmitir lo que han visto, lo que han vivido. Esta no-palabra, esta imposibilidad de la palabra para narrar un real que no se liga a nada conocido, y que por eso mismo deviene trauma en el sentido más estricto del término, esta no-palabra si a algo remite es al testimonio de los sobrevivientes del exterminio de los campos de concentración: lo inenarrable, es el modo en que este nuevo real interpela a la lengua. La lengua aun no es apta para testimoniar, pero es en y por la lengua donde habrá que situar la posibilidad de anudar este nuevo real. Es la lengua la que debe responder también, afectada también, como órgano, a los efectos de la radioactividad.

La lengua y el tiempo son términos inseparables: *la lengua* en el análisis se construye al tiempo que la transferencia hace su obra, y si en algo nos compete esta catástrofe del tiempo que entorpece la lengua al punto de

amenazar con exterminarla junto a los hablantes, nos compete, así lo entiendo, en los términos en los que Lacan lo señala, por caso en Radiofonía, cuando advierte que “es en esa juntura de lo real que se encuentra la incidencia política donde el psicoanalista tendría lugar si fuera de ello capaz.”

¿Cómo entender eso que Lacan sitúa como una juntura de lo real? Lo entiendo como el nuevo real que configura un ataque al tiempo, un ataque a lo que Freud desarrolla en *Lo Perecedero* en términos de tiempo y duelo. Hoy no cuenta lo que vive y muere según un programa, en el que lo real es definido como lo que vuelve al mismo lugar año tras año, sino que hoy toma valor lo que funciona o no funciona, y no se trata de lo que muere sino de lo que se vuelve obsoleto. Por eso el ataque lo leo en la pasión por los gadgets que cada vez duran menos, que es necesario que se reproduzcan a mayor velocidad mientras a la vez se replican viralmente, lo que es solidario de la conquista del tiempo, porque el tiempo es oro y “cuanto antes mejor” en estos “tiempos que corren”.

Y simultáneamente a esta proliferación creciente de los gadgets se produce inversamente un empobrecimiento progresivo de la lengua. Ahora se “habla” con abreviaturas y emoticones, y resulta una excepción expresarse con palabras, las cuales se dicen, en el mejor de los casos, en español neutro. Entiéndase: la globalización del tiempo no será acabada si no se consigue globalizar la lengua, neutralizar las lenguas.

Si el analista se contagia de esta vorágine controlada, si lee mal lo que Freud ya anunciara sobre la imposible abreviación de los tratamientos, si entiende mal lo que Lacan trabajara en *El Tiempo Lógico* acerca de la duración del tiempo de comprender, se precipita a participar de esta suerte de aceleración de partículas globalizada tratando de abreviar sesiones, de rechazar la duración del tiempo –siendo que el tiempo es un modo con el que Lacan nombra al objeto de la pulsión invocante, como escansión-. Y si de este modo rechaza el tiempo del habla, rechazará también la transferencia, la que requiere del tiempo necesario para que la palabra tome su función en el campo del lenguaje.

Porque no es posible liquidar la transferencia si no se la instala antes, si no se da el tiempo para que la transferencia se instale. Y seguramente no olvidan que la sesión analítica termina con un corte, pero que –hay que insistir en ello- el corte no es sino un recorrido en una superficie, y todo recorrido requiere tiempo.

Termino entonces comentando otra indicación de Lacan en *La Tercera*: “el advenimiento de lo real no depende del analista en absoluto. El analista tiene por misión hacerle frente”.

Es otra manera de decir que la psicoanalítica es una clínica de lo real como imposible a soportar.

Si -según mi lectura de hoy- el advenimiento de lo real, del real efecto de la conquista y simultánea destrucción del tiempo, es aquello a lo que el psicoanalista debe hacer frente, un modo privilegiado de hacerlo es no descuidar el valor que el tiempo requiere cuando el analizante toma la palabra.

Y otro modo, también privilegiado, es no descuidar el cuerpo en el que los efectos de este nuevo real han de hacerse un lugar en el que puedan leerse: el cuerpo de la lengua.

Psicoanalistas no muertos, va carta!

La carta de Lacan diría, según mi punto de vista, que si el analista fuera capaz de intervenir en esa juntura de lo real será

- 1- respecto de lo inconsciente, no sin el tiempo, el de su pulsación, el tiempo que permite su lectura. Y
- 2- respecto de la lengua, no sin el despliegue de la transferencia, por medio de la cual la lengua se reinventa transformándose.